

Las afecciones de la Iglesia terrenal o Pese a la enseñanza de Jesucristo

El misterio del matrimonio y la santidad de la familia, según la Palabra de Dios y la Iglesia

I

Si la santidad de los primeros cristianos contribuyó a la divulgación de la moral y religión cristiana, la hipocresía de muchos de los que llegaron después desvalorizó hasta el concepto mismo de la iglesia cristiana y sirvió para una nueva manifestación del paganismo en los países donde antes mayormente gobernaban los valores cristianos. Y hoy observando la ignorancia y la corrupción en las que los mismos sumergieron, uno recuerda las palabras de Salomón describiendo el mundo y como lo entienden los hombres:

“Luego, no bastó con errar en el conocimiento de Dios; viviendo además la guerra que esta ignorancia les mueve, ellos a tan graves males les dan el nombre de paz. Con sus ritos infanticidas, sus misterios secretos, sus delirantes orgías de costumbres extravagantes, ni sus vidas ni sus matrimonios conservan ya puros. Uno elimina a otro a traición o le aflige dándole bastardos; por doquiera, en confusión, sangre y muerte, robo y fraude, corrupción, deslealtad, agitación, perjurio, trastorno del bien, olvido de la gratitud, inmundicia en las almas, inversión en los sexos, matrimonios libres, adulterios, libertinaje.” (Sb 14: 22-26)

Aunque el mundo terrenal permanecía así desde la caída de Adán, en los países que adoptaron el cristianismo como su religión todos estos crímenes estaban condenados y por eso los que los practicaban, lo hacían ocultamente. Mas ahora, cuando el mundo se sumergió de nuevo en la Babilonia democrática, ellos volvieron a manifestarse en toda su declarada desnudez. El matrimonio tradicional por haberse considerado como un atentado contra la libertad y felicidad de la persona, es a menudo sustituido por las diferentes uniones temporales sin ningún compromiso. Los hijos concebidos o nacidos dentro de esas uniones las más de las veces son desairados y por eso resultan ora asesinados dentro del vientre materno ora descartados después de su nacimiento. La causa de todo esto es la ignorancia y alteración de los conceptos de la libertad, del matrimonio y de la familia, que se manifiestan no sin culpa de la Iglesia que catastróficamente perdió y sigue perdiendo la palanca de su influencia espiritual y moral sobre los hombres.

Y sin embargo, justamente ella es la única institución terrenal que en las condiciones, cuando la corrupción moral de la sociedad cada vez se aumenta, aún sigue insistiendo en la santidad de los lazos familiares. Y hoy es uno de sus principales méritos. En

cuanto a la pérdida de la palanca de su influencia sobre la sociedad, esta se debe al hecho que muchos de los sacerdotes – y, consiguientemente, de sus parroquianos - sin darse cuenta a menudo confunden los conceptos espirituales con los naturales por lo que las exigencias naturales les parecen más urgentes que las espirituales. Así, la carne y la naturaleza paulatinamente comienzan a dominar sobre el alma y el espíritu humano.

Pero todo esto tiene también su causa radical que es *la deliberación insuficientemente clara* de la esencia y del sentido bíblico del matrimonio y de la familia, condicionada en primer lugar por el concepto confuso que la mayoría de los eclesiásticos tiene respecto a la Santísima Trinidad, de la que hablé en el capítulo anterior.

Lo dicho concierne a todas las confesiones cristianas, ya que declarando la santidad del matrimonio, todas ellas se refieren al matrimonio carnal entre el varón y la mujer, tanto que la “continuación” de la Creación ven en los nacimientos carnales. He ahí, por ejemplo, cómo lo considera la Iglesia católica:

1603 " El mismo Dios [...] es el autor del matrimonio" (GS 48,1). La vocación al matrimonio se inscribe en la naturaleza misma del hombre y de la mujer, según salieron de la mano del Creador...."La salvación de la persona y de la sociedad humana y cristiana está estrechamente ligada a la prosperidad de la comunidad conyugal y familiar" (GS 47,1).

1604 Dios que ha creado al hombre por amor, lo ha llamado también al amor [...] Y este amor que Dios bendice es destinado a ser fecundo y a realizarse en la obra común del cuidado de la creación. «Y los bendijo Dios y les dijo: "Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sometedla"» (Gn 1,28).¹

De ahí se ve que las palabras del Señor “: "Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sometedla" la Iglesia católica considera como la bendición del matrimonio, entendido como la unión sexual entre Adán y Eva inscrita “en la naturaleza misma del hombre y de la mujer, según salieron de la mano del Creador”, es decir, desde la creación del hombre. Por lo tanto se supone que el matrimonio carnal se consumía aún en el paraíso. Justamente de ahí viene su declaración que el autor del matrimonio es Dios Mismo y que el amor carnal es el mismo amor que Dios bendijo para la continuación de la Creación a través de sus frutos.

Las otras Iglesias consideran el asunto del mismo modo. Por ejemplo, la Iglesia ortodoxa rusa lo enfoca de la siguiente manera:

“Dios bendijo la unión matrimonial de los primeros hombres en el paraíso y les dijo: "Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sometedla" (Gen 1: 28) dándoles uno de sus primeros preceptos. En el mismo libro del Génesis, en sus primeras páginas, se revela el misterio de la unión matrimonial del varón y de la mujer: *Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne.* (Gen 2: 24). El matrimonio fue uno de los dos establecimientos Divinos que los progenitores llevaron consigo al salir del paraíso después de su caída”²

1. Catecismo de la Iglesia Católica. Segunda parte: La celebración del misteriocristiano. Segunda sección: Los siete sacramentos de la Iglesia- Capítulo tercero- Los sacramentos al servicio de la comunidad. Artículo 7. El matrimonio en el orden de la creación.

O http://www.vatican.va/archive/catechism_sp/p2s2c3a7_sp.html

2. "Справочник православного человека. Таинства Православной Церкви" - *Даниловский благовестник, Москва, 2007* – Таинство брака (Венчание) [Guía del hombre ortodoxo. Misterios de la Iglesia Ortodoxa – Danilovski blagovestnik, Moscu, 2007 – El misterio del matrimonio (Bendición nupcial)] - <http://www.bogoslovy.ru/tainstva6.htm>

«Бог благословил брачный союз первых людей в Раю и сказал им: *плодитесь и размножайтесь, и наполняйте землю и обладайте ею*

Esta última declaración muestra que también la Iglesia ortodoxa rusa cree que el matrimonio creado por Dios fue el matrimonio carnal y existía aún en el paraíso antes de la caída del hombre.

II

Pero esa consideración habitual del matrimonio bíblico inevitablemente origina una pregunta, a la cual las Iglesias no dan alguna respuesta satisfactoria: si es así, entonces ¿cómo se explica el papel tan importante que en el Antiguo y el Nuevo Testamentos de la Sagrada Escritura se atribuye a la virginidad y al celibato? Pues dice el rey Salomón: “Dichosa la estéril sin mancilla, la que no conoce lecho de pecado; tendrá su fruto en la visita de las almas.” (Sb 3: 13)

Si analicemos las palabras de este rey sabio, veremos que diciendo “lecho de pecado” él se refiere al lecho matrimonial en su sentido terrenal, porque lo considera como una mancilla, mientras que a la estéril que “tendrá su fruto en la visita de las almas” la ve dichosa.

Lo mismo nos dice el profeta Isaías:

“Grita de júbilo, estéril que no das a luz, rompe en gritos de júbilo y alegría, la que no ha tenido los dolores; que más son los hijos de la abandonada, que los hijos de la casada, dice Yahveh.” (Is 54: 1)

En cuanto al profeta Oseas, él incluso reprocha al “hijo no sabio” que sigue naciendo en la carne:

“Dolores de mujer que da a luz le vendrán:”, dice, “es un hijo no sabio, porque ya hace tiempo que no debiera detenerse al punto mismo de nacer” (RVA de 1960 - Os 13: 13)

En otros términos, él lo reprocha por su deseo de prolongar o mantener los tiempos, **cuando la meta de la Creación está vinculada con el fin de los tiempos.**

El mismo sentido tienen las siguientes palabras de Jesús:

“... hay eunucos que nacieron así del seno materno, y hay eunucos que se hicieron tales a sí mismos por el Reino de los Cielos. Quien pueda entender, que entienda.” (Mt 19: 12)

Ahí el Señor, de hecho, dice que la renuncia voluntaria de las uniones sexuales lleva directamente al Reino Celestial. Y ya que es difícil para entender admite: “Quien pueda entender, que entienda.” Además, El lo decía también por la boca de los reyes y profetas. Recordemos, por ejemplo, las siguientes palabras de Salomón:

“Feliz (...) el eunuco el que no ha obrado en mano, iniquidad, ni meditado contra el Señor lo malo; **pues se le dará de la fe gracia selecta y herencia en templo del Señor más grata**”(Septuaginta, Sb 3: 14)³

O las del profeta Isaías:

“No diga el eunuco: «Soy un árbol seco.»Pues así dice Yahveh: Respecto a los

(Быт.1; 28), дав им один из первых Своих заветов. В той же книге Бытия, на первых ее страницах, раскрывается тайна брачного союза мужчины и женщины: *Потому оставит человек отца своего и мать свою и прилежится к жене своей; и будут [два] одна плоть* (Быт. 2; 24). Брак был одним из тех двух Божественных установлений, которые прародители *вынесли* за врата рая после грехопадения.»

3. Aquí usé la versión de la Septuaginta (La Sagrada Biblia Versión de la Septuaginta al Español. Pbro. Guillermo Jünemann Beckschaefer), porque es más exacta en comparación con la versión de la Biblia de Jerusalén donde esa última frase suena así: “se le dará una escogida recompensa, una **herencia muy agradable en el Santuario del Señor**” (Reina Valera Sb 3: 14) ya que “muy agradable” no coincide con el sentido excepcional que le da a eunuco Jesús, ni tampoco Isaías que veremos abajo, pero “más grata” - sí.

eunucos que guardan mis sábados y eligen aquello que me agrada y se mantienen firmes en mi alianza, yo **he de darles en mi Casa y en mis muros monumento y nombre mejor que hijos e hijas; nombre eterno les daré que no será borrado.**” (Is 56: 3-5)

Entonces, se resulta que a los célibes que guardan los sábados del Señor les espera la mejor suerte en el Reino de Dios y el nombre que no se borra.

Al no poder explicar claramente la aparente “contradicción” entre el precepto de Dios “sed fecundos y multiplicaos” entendido carnalmente y la preferencia del celibato y de la virginidad para el alcance del Reino de Dios, - de lo que hablaban también los apóstoles, - la Iglesia iguala sus sentidos. Pero lo hace, al parecer, sin darse cuenta que ahora es ella misma quién contradice a las afirmaciones citadas de Jesucristo, del rey Salomón y del profeta Isaías. Por ejemplo, la Iglesia ortodoxa rusa dice:

“La virginidad a los ojos de Dios tiene el mismo valor que el matrimonio”⁴
Y lo mismo afirma la Iglesia católica:

“... La estima de la virginidad por el Reino (cf LG 42; PC 12; OT 10) y el sentido cristiano del Matrimonio son inseparables y se apoyan mutuamente: «Denigrar el matrimonio es reducir a la vez la gloria de la virginidad; elogiarlo es realzar a la vez la admiración que corresponde a la virginidad.»⁵

La ecuación tan atrabajada de los sentidos del matrimonio entendido desde el punto de vista de la unión carnal, y del celibato, entendido como la virginidad, es marcadamente difusa y, además, de ninguna manera explica la observación del Señor que “más son los hijos de la abandonada, que los hijos de la casada”.

III

Para desenredar todo esto, veremos, qué en realidad dice la Sagrada Escritura sobre el matrimonio y si podría en el paraíso existir la unión carnal.

Las siguientes palabras de Jesucristo atestiguan que no podría:
“Los hijos de este mundo toman mujer o marido; pero los que alcancen a ser dignos de tener parte en aquel mundo y en la resurrección de entre los muertos, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, ni pueden ya morir, porque son como ángeles, y son hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección. Y que los muertos resucitan lo ha indicado también Moisés en lo de la zarza, cuando llama al Señor el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. **No es un Dios de muertos, sino de vivos, porque para⁶ él todos viven.**” (Lc 20: 34-38)

Como vemos, según el Señor, en el Reino de Dios no existen matrimonios semejantes

4. . «Девство имеет в глазах Божиих такую же значимость, как и брак» "Справочник православного человека. Таинства Православной Церкви" - *Даниловский благовестник, Москва, 2007* – Таинство брака (Венчание) - [Guía del hombre ortodoxo. Misterios de la Iglesia Ortodoxa – Danilovski blagovestnik, Moscu, 2007 – El misterio del matrimonio (Bendición nupcial)] - <http://www.bogoslovy.ru/tainstva6.htm>

5. Catecismo de la Iglesia Católica. Segunda parte: La celebración del misteriocristiano. Segunda sección: Los siete sacramentos de la Iglesia- Capítulo tercero- Los sacramentos al servicio de la comunidad. Artículo 7. El sacramento del matrimonio – 1620. O http://www.vatican.va/archive/catechism_sp/p2s2c3a7_sp.html

6. Aquí , parece, una mala interpretación del texto griego, porque, según el sentido de lo dicho en lugar de “para él” sería más correcto traducir “en él”, ya que para Dios no todos son vivos, como veremos abajo, sino los que están en él, es decir, en su Palabra. Así el verso está traducido en inglés: “For he is not a God of the dead, but of the living: for all live unto him”. ([King James Bible Online](#)) y también en ruso. “Бог же не есть Бог мертвых, но живых, ибо у Него все живы”.

a los terrenales, es decir, uniones carnales. Y por que es así, lo explica el apóstol Pablo, diciendo: “La carne y la sangre no pueden heredar el Reino de los cielos: ni la corrupción hereda la incorrupción.” (1 Cor 15: 50)

Y ¿qué es el Reino de Dios, si no el paraíso? Es aquel lugar, adonde al final de los tiempos debe *regresar* el “hijo pródigo” de Dios, él que fue expulsado del paraíso después de su caída.

Pero ¿por qué entonces la Iglesia afirma que el matrimonio carnal fue conocido aún en el paraíso, es decir, dice exactamente contrario a lo que nos comunica Jesús?

Al parecer, lo hace, porque al Reino de Dios lo vincula con los tiempos futuros, olvidando relacionarlo con el paraíso. En otros términos, los conceptos *paraíso* y *Reino de Dios*, o *Reino Celestial*, la Iglesia no los identifica, aunque son, sin ninguna duda, equivalentes, lo que atestigua tanto la lógica de toda la Sagrada Escritura como muchos de sus fragmentos. Por ejemplo, lo indican las siguientes palabras del Ángel Divino, citadas por el profeta Esdras:

“Me dijo: Si te preguntara, ¿cuántas moradas hay? ¿Cuántos manantiales en la superficie del abismo? o ¿cuántas carreteras encima del cielo? o ¿cuál es el camino del infierno o el *del paraíso*? Tú me responderías: No he descendido al abismo; nunca descendí al infierno; nunca *subí al cielo*.”⁷

Ahí, como vemos, refiriéndose al camino del paraíso el Ángel prefigura la respuesta del profeta: “nunca subí al cielo” identificando así los conceptos del cielo y del paraíso.

A la misma conclusión lleva también la afirmación de Salomón que “Dios creó al hombre para la incorruptibilidad, le hizo imagen de su misma naturaleza; mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y la experimentan los que le pertenecen.” (Sb 2: 23-24)

De ahí sigue que Adán fue creado eterno, pero se hizo mortal al aceptar el consejo de la antigua serpiente. Además, la eternidad, según la Palabra de Dios, es una noción vinculada con el Reino Celestial de Dios, lo que una vez más nos indica que el paraíso y el cielo representan nociones idénticas. Lo mismo confirman también las palabras de Dios “morirás sin remedio” pronunciadas en el paraíso y las que advertían a Adán sobre las consecuencias con las que toparía, si probase el fruto prohibido del Árbol de la ciencia del bien y del mal.⁸

Consiguientemente, se puede decir que el hombre expulsado del paraíso, de hecho, fue expulsado del Reino de Dios y ahí mismo debe regresar después de su salvación.

Volviéndome ahora a las palabras de Jesús sobre *los hijos de este mundo*, citadas arriba, marcaré una vez más que ellas atestiguan la ausencia en el paraíso de las uniones sexuales como tales, porque son propias sólo de los hijos de este mundo, es decir, sólo para los tiempos. Eso significa que tampoco en el paraíso Adán y Eva podrían tener hijos carnales, a los que las Iglesias consideran como garantía de la “continuidad de la creación”. Efectivamente, según el Génesis, sus primeros hijos aparecieron sólo después de su caída, cuando la pareja al probar el fruto prohibido se hizo mortal y se resultó expulsada del paraíso (Gen 2: 16-17). Ya fuera de este, como continúa su relato el Génesis, “Conoció el hombre a Eva, su mujer, la cual concibió y dio a luz a Caín (...) Volvió a dar a luz, y tuvo a Abel su hermano.” (Gen 4: 1, 2) Y estos hijos, igual que sus padres, también eran mortales, pues se ha dicho que Adán

7. 4 Esdras 4: 7-8. Ver: Apocalipsis de Esdras (IV Esdras). Traducido del etíope al francés por René Basset, y puesto al español por Juli Peradejordi. (Barcelona: Editorial 7 ½, 1980). Versificación arreglada: <http://es.scribd.com/doc/65293981/IV-Esdras>

8. De las causas de la presencia de este árbol en el paraíso véase en mi libro “Seis días de la Creación y el día séptimo”, Libro I, Parte I, capítulos 4 y 5.

empezó a engendrar hijos *a su propia* imagen y semejanza (Gen 5: 3), la que fue corrompida por la mezcla de la imagen y semejanza de la serpiente antigua. Fue por esa transformación que Adán se hizo mortal y que, además, en su vida entró el homicidio, pues adquirir la imagen mortal significa llevar la muerte y al asesino dentro de sí mismo. Por eso a los ojos de Dios el mortal se iguala al muerto y al asesino. Eso se deduce de la sentencia de Jesús sobre Dios que **“No es un Dios de muertos, sino de vivos, porque para ⁹ él todos viven.”**

Si comparamos esas sus palabras con la respuesta que Él dio a uno de sus discípulos, quién antes de seguirle le pidió permiso ir y enterrar a su padre recién muerto, entenderemos que, efectivamente, a los ojos de Jesucristo todos los mortales son muertos, pues Él le dijo:

“Sígueme, y deja que los muertos entierren a sus muertos” (Mt 8: 21-22)

En otros términos, muertos son los que tienen padres carnales, es decir, los que nacieron de la simiente del varón. Precisamente por eso Jesús dice en otro lugar:

“Ni llaméis a nadie "Padre" vuestro en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre: el del cielo.” (Mt 23: 9)

Consiguientemente, “muertos” son también aquellos, quienes nacen de los “muertos”. Entonces, está claro que en el paraíso preparado para la eternidad “los muertos” no podrían tener lugar. Y por eso Dios tampoco pudo bendecir el matrimonio carnal, ni a los hijos nacidos del mismo.

IV

Pero ¿cómo entonces entender la bendición de la unión matrimonial en el Génesis?, ya que ahí se dice:

“Dios bendijo la unión matrimonial de los primeros hombres en el paraíso y les dijo: "Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sometedla" (Gen 1: 28)

Para contestar a esa pregunta, recordemos, *a quién se refería el Señor mencionando a los hijos de Dios, o a los de la resurrección.*

Como nos comunica el apóstol Pablo, “no son hijos de Dios los hijos según la carne, sino que los hijos de la promesa se cuentan como descendencia.” (Rom 9: 8)

La promesa es la Palabra, y bajo los “hijos de la promesa” se refieren los hijos nacidos de la Palabra de Dios, lo que confirma directamente el apóstol Pedro definiendo a los hijos de Dios no como engendrados de germen corruptible, “sino incorruptible, por medio de la Palabra de Dios viva y permanente.” (1 P 1: 23)

A lo mismo se refiere también Jesucristo, cuando al grito de una mujer del pueblo: «¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!» respondió: «Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan.» (Lc 11: 27-28)

Así, al matrimonio carnal el Señor contrapone el matrimonio espiritual, pues si el nacido de la carne se alimenta con la leche de los pechos y muere, él que nace de Dios se alimenta con la Palabra de Dios y vive eternamente.

De lo dicho se hace claro que en el fragmento de la cuestión del Génesis no se habla del matrimonio carnal, como lo considera la Iglesia, sino del matrimonio entre el alma humana, o la Palabra de Dios, y el Espíritu Divino, - diciendo de otra manera, del matrimonio entre Sem y Jafet,¹⁰ en cuya consecuencia se manifiesta el Hijo de Dios o el

9. Véase la nota 6.

10. Véase mi artículo “Enigma de los hijos de Noé o quienes son Sem Can y Jafet” en mis libros “El misterio de la Santísima Trinidad” o en el “Seis días de la Creación y el día séptimo”. O véase el capítulo anterior de este libro.

Dios-hombre que vive eternamente. En otros términos, se habla de la Santísima Trinidad. Desde este punto de vista también se hace entendible el sentido verdadero de la frase bíblica “sed fecundos y multiplicaos” que corresponde a las palabras de Noé: “**¡Haga Dios dilatado a Jafet; habite en las tiendas de Sem (...)!**” (Gen 9: 27), es decir, haga dilatado Dios al Espíritu Santo y que habite en las almas humanas.

Entonces, está claro que aquí se habla del matrimonio espiritual y si se entiende como el matrimonio carnal es sólo por la explicación errónea del texto del Génesis.

De ahí también se hace evidente que tanto antes de la caída como después de la resurrección, el hombre fue y será “como ángel”, es decir, el hombre como tal, en el sentido justo de la palabra, es asexual. Refiriéndose precisamente a eso el apóstol Pablo decía: “**ya no hay (...) ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús.**” (Gal 3: 28)

Consideremos ahora el texto bíblico sobre la creación del hombre precisamente desde este punto de vista.

Antes de todo reflexionemos sobre la pregunta, ¿cómo la Palabra de Dios entiende a Adán y Eva? Según el texto del Génesis, bajo la palabra “hombre” se entiende su unión. Eso significa que al “hombre” Adán y Eva forman juntos y por eso sólo en su unión el hombre es la imagen y semejanza de Dios. Mas separadamente los integrantes de esa unión se llaman varón y mujer y se entienden como la imagen de Dios (varón) y su semejanza (mujer). Del capítulo anterior ya sabemos que la imagen de Dios es la Palabra reflejando a la Inteligencia Suprema, o el Hijo reflejando al Padre, mientras que su semejanza es el Espíritu Santo de Dios, responsable por la exactitud de la reflexión mencionada, o es el ayudante de la Palabra (del Hijo). Si el espíritu que vive en la Palabra es Divino, entonces la Palabra es la imagen de Dios. Pero si ese espíritu pertenece a alguna otra creatura, es decir, no corresponde a Adán (a la Palabra de Dios), entonces Adán deja de ser la Palabra y la imagen de Dios y se convierte en la palabra e imagen de aquella creatura, cuyo espíritu se albergó en él.

Entonces, el hombre es Adán en la unión con Eva y es asexual. En cuanto a las distinciones sexuales, estos son los signos de su separación causada por la inadecuación del espíritu a la palabra. La distinción entre Adán y Eva como fueron creados es semejante a la distinción de la cabeza y del cuerpo. Aunque esos últimos representan totalmente distintas nociones, al hombre en el sentido bíblico lo forma sólo su unión, mientras que su separación significa la muerte.

Ahora consideremos el fragmento del Génesis que las Iglesias entienden como la base del matrimonio carnal. Ahí se dice:

“« (...) sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta será llamada mujer, porque del varón ha sido tomada.» Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne. Estaban ambos desnudos, el hombre y su mujer, pero no se avergonzaban uno del otro.” (Gen 2: 23-25)

El fragmento consiste de cinco frases que recortan completamente el matrimonio entre Adán y Eva.

La primera frase – “sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne”- significa: sí que es la copia de mi imagen; o la copia de mi gloria, ya que, como dice el apóstol, “El hombre (...) es imagen y reflejo de Dios; pero la mujer es reflejo del hombre.” (1 Cor 11: 7), de lo que se concluye que, si Adán representaba la gloria de Dios, entonces Eva correspondía a la gloria del Hijo de Dios, es decir, aquí se habla del alma primordial del hombre y de su espíritu primordial, todavía sin “mezcla”. Así fue el hombre espiritual.

La segunda frase – “Esta será llamada mujer, porque del varón ha sido tomada” - indica el significado de la mujer como el espíritu de la vida propio a Adán, pues él fue llamado “ser (o alma) *vivo*” precisamente por la presencia en él del espíritu de la vida,

es decir, de Eva. Es por eso que Jesús dice: **“lo que Dios unió no lo separe el hombre.”** (Mt 19: 6)

La tercera frase – “Por eso deja el hombre a su padre y a su madre” – puede objetarse, por la presencia en el paraíso de otro padre y madre, además de Dios. Pero en realidad se trata de la transformación del hombre de un ser animal en el ser espiritual, la que ocurrirá en el sexto día de la creación. A eso indica el verbo “deja” que atestigua la renuncia del hombre al principio animal que se alimentaba por los frutos del Árbol de la ciencia del bien y del mal, y su paso hacia el principio humano, es decir, hacia el principio espiritual que se alimenta por los frutos del Árbol de la Vida.

La cuarta frase – “y se une a su mujer, y se hacen una sola carne” – significa que se une al Espíritu Santo y se hace la imagen y semejanza de Dios, es decir, Eva nuevamente se une con Adán ya siendo santificada según la imagen (o el recipiente) de Dios, destinada para ella y ambos se hacen como un ángel.

La quinta frase – “Estaban ambos desnudos, el hombre y su mujer, pero no se avergonzaban uno del otro” – revela su unión absoluta y pura, pues ya no llevaban en sí nada excepto lo que fue creado por Dios, es decir, ninguna otra información, además de la Palabra de Dios. Clara y transparente esa Palabra no contenía nada, que no sea evidente, es decir, en ella no había nada oculto. La palabra de la serpiente antigua fue apartada de ellos. Eso significa también que el hombre era virgen y puro, sin alguna mezcla, es decir, se había purificado de todo mortal. Lo dicho se trata del final de los tiempos, es decir, del final del día sexto de la Creación,¹¹ cuando el hombre será recuperado, como el Señor lo predecía aún por la boca de los profetas:

“Voy a volver mi mano contra ti”, dice Él, por ejemplo, por la boca de Isaías, “y purificaré al crisol tu escoria, hasta quitar toda tu ganga.” (Is 1: 25)

En fin, el fragmento considerado tampoco se trata del matrimonio carnal, sino del hombre espiritual recuperado, o del matrimonio espiritual que yace en la base de la Vida y de la Eternidad. El apóstol Felipe, hablando precisamente de este matrimonio primordial lo define como **“matrimonio impoluto”** y **“un verdadero misterio”** **“Este no es carnal,”** dice, **“sino puro; no pertenece a la pasión, sino a la voluntad; no pertenece a las tinieblas o a la noche, sino al día y a la luz (Ev seg. Felipe 122)** Es el **“Santo dentro del Santo”** (Ev. seg. Felipe 124).¹² O, como ya he dicho, es Jafet en Sem, más precisamente, Jafet en las tiendas de Sem”. Los que nacen como resultado de este matrimonio no son seres animales (naturales), sino los hijos de Dios, de los cuales el apóstol Juan dijo:

“A todos los que la recibieron (la Palabra) les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre; la cual no nació de sangre, ni de deseo de hombre, sino que nació de Dios.” (Jn 1: 12-13)

Nacer de Dios significa nacer de su Palabra plena del Espíritu Santo. A eso se refería Jesús, cuando dijo:

“«En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu.” (Jn 3: 5-6)

Ya que el agua en el lenguaje bíblico simboliza la inteligencia (en este caso del Creador) que junto con el Espíritu Santo forma la Palabra, se hace evidente que el Señor claramente manifiesta que el matrimonio bíblico no se refiere al cuerpo carnal del

11. Sobre la diferencia de los dos relatos del Génesis referidos a la creación del hombre véase en mi libro “Seis días de la creación y el día séptimo”, cap. “Acerca de la predestinación y del propósito de la Creación”

12. *Los Evangelios Apócrifos*, por Aurelio De Santos Otero, [BAC](#)

hombre, sino al cuerpo espiritual del hombre primordial.¹³

Precisamente de este matrimonio se tratan también las siguientes palabras del profeta Esdras:

“Señor, si le permites a tu servidor, cuando nos diste **el corazón y el pensamiento para sembrar allí donde cultivamos, sembrábamos para cosechar frutos y para que pudieran vivir, (pero) ahora todos (han) muerto mientras el mundo traía al género humano.**” (4 Esdras 8: 6)¹⁴

El fruto que proviene del corazón y del pensamiento es el Hijo de Dios – el fruto del Padre y del Espíritu Santo –, virgen en su pureza, es decir, es despojado de la mezcla animal, o de la carne, que a los ojos de Dios nada vale, pues, como dice el apóstol Pedro, explicando las palabras de Jesús citadas arriba y referidas a los nacidos de la carne, “toda carne es como hierba y todo su esplendor como flor de hierba; se seca la hierba y cae la flor; pero la Palabra del Señor permanece eternamente.” (1 P 1: 24-25)

Esa afirmación del apóstol una vez más nos muestra que el matrimonio en el paraíso no puede ser el matrimonio carnal y sus frutos no son pocos, como son del hombre terrenal, sino son múltiples creaturas engendradas por Dios, pues en el paraíso engendra sólo el Padre Celestial. Es por eso que el profeta dice: “más son los hijos de la abandonada, que los hijos de la casada”, pues cada palabra pronunciada por Dios es el fruto de su amor al Espíritu Santo. Así la virgen se contacta con Dios haciéndose tanto su parte como el partícipe de sus creaciones.

El amor que yace en la base de tal matrimonio constituye el misterio de su santidad, ya que el alma y el espíritu uniéndose en el amor conciben a Dios, de hecho, haciéndose su imagen. Como dice el apóstol, “para que sus corazones reciban ánimo y, unidos íntimamente en el amor, alcancen en toda su riqueza la plena inteligencia y perfecto conocimiento del Misterio de Dios, en el cual están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia.” (Col 2: 2-3)

Entonces, cuando se habla de la unidad de Adán y Eva formando una carne, se entiende precisamente el Hijo de Dios. Mas cuando esa unidad se rompe, lo ocurre por la culpa de un espíritu ajeno que usurpa a Adán (La Palabra). Es un espíritu falso que altera el sentido de la Palabra (Adán) y así lo destruye. Pues no se puede, por ejemplo, a un leño o a todo lo que se hace de él atribuir el sentido de un manzano sin alterar, además, los conceptos del leño y del manzano. Sus funciones, sus composiciones y sus predestinaciones son totalmente diferentes. Hacerlo significa crear un caos. Así ocurren las caídas. Así también el espíritu de Adán (Eva) se tentó por la palabra de la serpiente y Adán perdió su imagen primordial adoptando la imagen de la serpiente que comenzó en él multiplicarse, pues él conoció el engaño que es el mal más grande de todos los pecados. De ahí en adelante las palabras que pronunció llevaban en sí un engaño, es decir, sus frutos empezaron a ser engendros del engaño. En términos generales lo

13. Véase el capítulo “Confusiones respecto al cuerpo de la resurrección” de este libro.

14. Aquí presenté otra versión del Libro IV de Esdras (Apocalipsis de Esdras (IV Esdras) traducido del etíope al francés por René Basset, y puesto al español por Juli Peradejordi [Barcelona: Editorial 7 ½, 1980. Versificación arreglada: <http://es.scribd.com/doc/65293981/IV-Esdras>] en lugar de la versión de Vulgata [La Sagrada Biblia según la Vulgata. Traducción del Dr. Félix Torres Amat revisada y anotada por Mons. Dr. Juan Straubinger: “Oh Señor, si no permites a tus siervos que oremos en tu presencia y si no nos concedes **simiente al corazón y cultura al sentido** de donde provenga el fruto, ¿cómo podrá vivir el que está corrompido? ¿el que soporta la vida del hombre?”] , porque la traducción de ese fragmento es más clara en la versión etíope. Aquí se indica claramente el corazón (como el espíritu del amor) y el pensamiento (como la Inteligencia suprema). Además, en esta versión también es más clara y lógica la última frase de la oración, porque **aquí se habla de la recuperación de los que estaban muertos mientras seguían naciendo en la carne.**

que paso es semejante a lo que pasaría, si, supongamos, la cabeza humana fuera unida con el cuerpo de alguna otra creatura. El ser recibido en el resultado de esa mezcla ya no sería ni humano, ni otra creatura de Dios y consiguientemente, no tendría en sí vida. Y aunque viva algún tiempo, acabaría muriendo, porque la Palabra del Creador, es decir, la Palabra de la Vida, estaría alterada en él. Por eso es tan importante que a cada creatura de Dios corresponda su propio espíritu, es decir, que se forma la imagen y semejanza, según la Palabra del Señor, constituyendo la Santísima Trinidad de la que habla el fragmento del Génesis que relata sobre la creación del hombre. Justamente a la Santísima Trinidad se refiere también el apóstol definiendo el matrimonio como un gran misterio. Tal matrimonio puede realizarse sólo en las condiciones de la pureza virgen del alma y del espíritu del hombre que no había conocido el matrimonio carnal, es decir, que por el Reino de Dios había renunciado las pasiones carnales, porque ellas, según el apóstol Pedro, combaten contra el alma. (1 P 2: 11) También a la Santísima Trinidad se refiere el profeta Esdras, cuando marca que en la base del concepto “hombre” yace la virginidad libre de las pasiones y lujurias de la carne.

“Dame tú”, dice Él, “el tesoro sin corrupción e inviolable, la joya de la virginidad, *la muralla de los hombres*”. (Apocalipsis griego de Ezdras)¹⁵

Entonces, aquel eje que constituye al hombre es precisamente el Espíritu Santo que conduce a la virginidad. Y esas palabras del profeta, en realidad, significan la siguiente llamada de Dios: *pasando por las pruebas de la carne llena de pasiones y lujurias, supéralas y hazte hombre*.

Dios permitió la caída de Adán justamente con el fin que esa pureza sea la consecuencia de la elección conciente del hombre, porque sin esta pureza él como tal no puede existir. Y el criterio de esa pureza puso en la corrupción e incorrupción. Así que el Reino Eterno lo heredan precisamente aquellos quienes al tomar conciencia de toda la anormalidad de las pasiones de la carne para el hombre tal como él fue creado por Dios, se apartaron de ellas. A estos se refiere el Apocalipsis de Juan, cuando habla de los que siguen al Cordero:

“Estos son los que no se mancharon con mujeres, pues son vírgenes. Estos siguen al Cordero a dondequiera que vaya, y han sido rescatados de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero, **y en su boca no se encontró mentira: no tienen tacha.**” (Ap 147: 4-5)

Por la misma razón el apóstol Pablo insiste que “bien le está al hombre abstenerse de mujer. No obstante, **por razón de la impureza**, tenga cada hombre su mujer, y cada mujer su marido.” (1 Cor 7: 1-2)

O en la continuación de este:

15. Los Apocalipsis. 45 textos apocalípticos apócrifos judíos, cristianos y gnósticos. – EDAF Madrid - Buenos Aires 2007, pág 145

El matrimonio espiritual directamente se ha propagado mucho por el apóstol Tomas, lo que podemos ver en sus hechos. Ahí, por ejemplo, una de las mujeres convertidas por él dice a la otra:

135 “Tú estás parada en la vida de los tiempos, y la vida eterna y la salvación no la conoces, y no percibes la comunión incorruptible. Tu estas vestida con ropas que envejecen y no deseas las que son eternas”.

O ahí mismo el apóstol dice, por ejemplo:

93. “Si en verdad y sin duda el Señor ha nacido dentro su alma y ella ha recibido la semilla que fue echada en ella, ella no tendrá la atención (importancia) de esta vida temporal, ni miedo a la muerte, tampoco Charisius será capaz de hacerle daño a ella en absoluto: porque mayor es el que ella ha recibido en su alma, si de hecho lo ha recibido.” - Los hechos de Thomas. Desde "El Nuevo Testamento apócrifo" Traducción y notas al inglés por Señor James Traducción del inglés al español Carlos Polanco 2013 Oxford: Imprenta de Clarendon, 1924 Introducción (por el traductor, el señor James R.) http://www.eldadoquebrado.com/Los-hechos-de-Tomas/body_los-hechos-de-tomas.html y <http://www.eldadoquebrado.com/Los-hechos-de-Tomas/Los-Hechos-de-Tomas.pdf>

“No obstante, digo a los célibes y a las viudas: Bien les está quedarse como yo. **Pero si no pueden contenerse, que se casen; mejor es casarse que abrasarse.**” (1 Cor 7: 8-9)

O también:

“**Mas el que** ha tomado una firme decisión en su corazón, y sin presión alguna, y **en pleno uso de su libertad está resuelto en su interior a respetar a su novia, hará bien.** Por tanto, el que se casa con su novia, obra bien. **Y el que no se casa, obra mejor.**” (1 Cor 7: 37- 38)

Y concluye:

“Por tanto, pienso que es cosa buena, a causa de la necesidad presente, quedarse el hombre así. ¿Estás unido a una mujer? No busques la separación. ¿No estás unido a una mujer? No la busques. Mas, si te casas, no pecas. Y, si la joven se casa, no peca. Pero todos ellos tendrán su tribulación en la carne, que yo quisiera evitaros.” (1 Cor 7: 26-28)

De las citas presentadas sigue que la virginidad a los ojos de Dios **no tiene el mismo valor que el matrimonio carnal, aunque las Iglesias afirmen lo contrario**, ya que la virginidad es mucho más preferible que el matrimonio terrenal permitido sólo *por razón de la impureza del hombre caído*. El apóstol lo confirma también cuando después de reglamentar las relaciones sexuales dentro del matrimonio, concluye respecto a este: “Lo que os digo es una concesión, no un mandato.” (1 Cor 7: 6) Y aunque, como nota, no tiene precepto del Señor referido al celibato (1 Cor 7: 25), las palabras citadas de Jesús, como hemos visto, permiten afirmar que con los nacimientos carnales el Señor vincula la noción *de la muerte* (y, consiguientemente, del pecado), mientras que con la virginidad, la noción *de la vida*. . Lo confirma el rey David que percibe la unión sexual como una culpa:

“Mira que en culpa ya nací,” dice, “pecador me concibió mi madre.” (Sm 51: 7)

V

Entonces, el matrimonio bendecido por Dios tampoco fue el matrimonio carnal. Como ya fue dicho, según el apóstol Pablo, el matrimonio carnal es sólo una “concesión” al hombre, “por razón de su impureza”, para evitar las desordenadas relaciones sexuales que “combaten contra el alma”, pues desde que el hombre fue vestido en las “túnicas de piel” en su cuerpo transformado, es decir, en su carne y sangre se establecieron las pasiones y lujurias destructivas, exigiendo la satisfacción. Y cuando el hombre las satisface, se hace esclavo de propios instintos que, según Jesús y los apóstoles, “ahogan” en él la Palabra de Dios:

“Las preocupaciones del mundo, la seducción de las riquezas y las demás concupiscencias les invaden y ahogan la Palabra, y queda sin fruto.” (Mc 4: 19)

Así es el gran poder de las concupiscencias, que concentra la atención del hombre más en la satisfacción de las mismas que en la Palabra de Dios, lo que daña al alma, porque la misma es ninguna otra cosa que la Palabra de Dios. Justamente por eso el apóstol Pedro afirma que las apetencias carnales combaten contra el alma y pide que los seguidores de Jesús se abstengan de ellas:

“os exhorto”, dice, “a que, como extranjeros y forasteros, os abstengáis de las apetencias carnales que combaten contra el alma.” (1 P 2: 11)

Pero cuando el hombre desatiende la Palabra de Dios que es la Palabra del amor universal y se concentra sobre la satisfacción de las apetencias de su carne, entonces está cultivando su ego, el que es siempre hostil respecto a la otra creatura y provoca guerras y contiendas.

“¿De dónde proceden las guerras y las contiendas entre vosotros?”, pregunta el apóstol Santiago, “¿No es de vuestras pasiones que luchan en vuestros miembros? ¿Codiciáis y no poseéis? Matáis. ¿Envidiáis y no podéis conseguir? Combatís y hacéis la guerra. No tenéis porque no pedís.” (St 4: 1-2)

Como vemos, el apóstol vincula las pasiones -, se decir, las concupiscencias o apetencias de la carne - con los homicidios, pues son su resultado final. En otro lugar él lo dice directamente explicando la esencia homicida de la concupiscencia:

“la concupiscencia, cuando ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, una vez consumado, engendra la muerte.” (St 1: 15)

Efectivamente, ¿qué es el pecado? El pecado es la desobediencia a la Ley de la Vida. Y, naturalmente, él que no la obedece, cae de la Vida, pues se resulta incompatible con ella.

En cuanto a la ley de Dios, esa fue dada a los pecadores, para enseñarles a abstenerse de las concupiscencias de la carne y así adquirir poder sobre ellas. **Por eso la Ley de Dios es santa, como santa también la ley de la familia que forma su parte y que está llamada a limitar las manifestaciones de los elementos carnales en el hombre** atestiguando a la vez que Dios incluso de lo muerto saca algo saludable. Las concupiscencias y pasiones, desordenadas en su esencia, parecen atarse por la ley de la familia, cuya meta y la suprema predestinación es el amor que se manifiesta como el sentido de la responsabilidad por otros, como el desvelo por los integrantes de la familia. Esos constituyen el primer paso hacia el amor espiritual que se extiende sobre toda la Creación, hacia el desvelo por ella y por cada una creatura, como lo hace Dios en su Reino y como debería hacer Adán a quién Dios dio el mando sobre cada ser vivo en la tierra. Así que la Ley de la familia muestra, cómo Dios usa el ego dañino del hombre, para darle la primera noción sobre el amor. Por eso y sólo dentro de la familia Él permite al hombre cristiano tanto las relaciones sexuales como el nacimiento de los niños.

Ahí son los puntos principales de la ley.

“Por razón de la impureza, tenga cada hombre su mujer, y cada mujer su marido.” (1 Cor 7: 2)

Siendo conciente de la propensión natural del hombre a las relaciones sexuales desordenadas y su debilidad ante ellas, el apóstol limita las uniones sexuales con el marco de la familia, además, incluso dentro de la familia las reglamenta prescribiendo al hombre:

“Que el marido dé a su mujer lo que debe y la mujer de igual modo a su marido. No dispone la mujer de su cuerpo, sino el marido. Igualmente, el marido no dispone de su cuerpo, sino la mujer. No os neguéis el uno al otro sino de mutuo acuerdo, por cierto tiempo, para daros a la oración; luego, volved a estar juntos, para que Satanás no os tiente por vuestra incontinencia.” Y en el final no olvida añadir: “Lo que os digo es una concesión, no un mandato.” (1 Cor 7: 3-6)

Esa concesión asimismo supone la monogamia, porque en otro lugar preceptúa:

“Tened todos en gran honor el matrimonio, y el lecho conyugal sea inmaculado; que a los fornicarios y adúlteros los juzgará Dios.” (Hb 13: 4)

Aquí, de hecho, él se refiere a la inadmisión de otra Palabra o del otro Espíritu en la familia, porque eso podría arruinarla, ya que la mujer (el espíritu) fue tomada del varón (la Palabra) y por eso constituye su parte. Pues, cada palabra de Dios tiene su propio y único espíritu. Ahí es el sentido y la causa tanto de la monogamia cristiana como de la negación cristiana de la poligamia. Y si se cree que “la poligamia de los patriarcas y de los reyes no es todavía criticada de una manera explícita”,¹⁶ es por la ausencia de un

concepto claro respecto a la esencia de la Santísima Trinidad y también porque los acontecimientos bíblicos en la mayoría de los casos se entienden literalmente y no como parábolas.

Ya que el pecado entró en el hombre a través de su mujer, es decir, a través de su espíritu, entonces por la solidez de la familia la Ley exige que la mujer se someta a su marido partiendo de aquella correspondencia que ellos constituyen en el mundo espiritual, pues, como ya fue dicho, el marido fue hecho como la imagen de Dios y la mujer, como su semejanza, y no de otra creatura. El sometimiento de la mujer al marido simboliza el sometimiento del hombre a Dios, porque el hombre creado se compara, como ya fue dicho muchas veces en otras oportunidades, con la esposa del Señor:

“Tu esposo es tu Hacedor,” dice Él por la boca del profeta Isías, “Yahveh Sebaot es su nombre.” (Is 54: 5)

De lo mismo se tratan también las siguientes palabras del apóstol Pablo:

“El hombre no debe cubrirse la cabeza, pues es imagen y reflejo de Dios; pero la mujer es reflejo del hombre. En efecto, no procede el hombre de la mujer, sino la mujer del hombre. Ni fue creado el hombre por razón de la mujer, sino la mujer por razón del hombre. He ahí por qué debe llevar la mujer sobre la cabeza una señal de sujeción por razón de los ángeles. Por lo demás, ni la mujer sin el hombre, ni el hombre sin la mujer, en el Señor. Porque si la mujer procede del hombre, el hombre, a su vez, nace mediante la mujer. Y todo proviene de Dios.” (1 Cor 11: 7-12)

El cubrir la cabeza es un signo del sometimiento. El varón no debe hacerlo, porque es la imagen o la gloria de Dios, a Quien nada supera. Al contrario, el velo sobre la cabeza de la mujer simboliza el sometimiento del hombre a Dios, que en este sentido significa la fidelidad indisoluble, pues la mujer, siendo ayudante de Dios, es espíritu que aviva sólo en la unión con Dios, es decir, está sometido a una forma determinada, fuera de la cual es destructivo. Por este motivo las relaciones entre el marido y la mujer – como entre la palabra determinada y del espíritu que le corresponde – deben ser un reflejo del amor mutuo entre la Inteligencia Superior y el Espíritu Santo, para que en la consecuencia de este amor nazca o se manifieste la Palabra de la Vida, o la Palabra Viviente. Por la misma razón también los apóstoles enseñaban a los maridos y a las mujeres a amar uno al otro, como a sí mismos.

“Que cada uno ame a su mujer como a sí mismo;” dice el apóstol Pablo, “y la mujer, que respete al marido.” (Ef 5: 33)

Hay que notar que aquí el texto griego en lugar del verbo “respetar” usa el verbo “temer”. Así dice:

“Empero también vosotros todos uno por uno, cada cual a su mujer así ame como a sí mismo; y la mujer *que tema* al marido.”

Seguramente, los traductores españoles de la Biblia de Jerusalén quisieron suavizar las palabras del apóstol adaptándolas a la ideología del mundo. Pero en realidad la palabra “temer” no se refiere a algo humillante para la mujer, porque aquí se trata del hombre caído que no sabe el valor del amor, pues el hombre perfecto que conoce el amor verdadero, no tiene temor. Pero la caída del hombre que simboliza a la esposa del Señor, enturbió la imagen de Dios. Por eso su recuperación está vinculada con el sufrimiento. De ahí es el sufrimiento de Jesucristo – del Hijo, o de la Esposa de Dios. Y cuando el apóstol dice: “Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño

16. Catecismo de la Iglesia Católica. II parte: La celebración del misterio cristiano. II sección: Los siete sacramentos de la Iglesia- Capítulo tercero- Los sacramentos al servicio de la comunidad. Artículo 7. El matrimonio en el orden de la creación. 1610

del agua, en virtud de la palabra, y presentársela resplandeciente a sí mismo; sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada” (Ef 5: 25-27), sobreentendiendo las cualidades de este amor, a saber: su espíritu de sacrificio que supone un sufrimiento salvador que se simboliza por los dolores del parto de la mujer. “El engañado no fue Adán,” dice el apóstol Pablo, “sino la mujer que, seducida, incurrió en la transgresión. Con todo, se salvará por su maternidad mientras persevere con modestia en la fe, en la caridad y en la santidad.” (1 Tm 2: 14-15)

Así que, en realidad, lo que la salva a la mujer (o al hombre), no es el nacimiento de los hijos, sino el sufrimiento relacionado con él. Este es que redime su pecado, hace que el hombre recupere la imagen de Dios a través del sacrificio de las concupiscencias de su carne, lo que equivale a hacerse morir para la vida terrenal. Pues, como un niño nace a través del dolor para la vida temporal, también a través del dolor renace el hombre para la vida eterna.

El matrimonio terrenal teniendo en su base la imagen – aunque alterada – de la Santísima Trinidad, debe ser indisoluble, porque, como ya fue dicho, a cada palabra (varón) corresponde sólo un espíritu (mujer) inherente a ella, el espíritu que participó en su creación. Como dice el Señor, “**lo que Dios unió no lo separe el hombre.**” (Mt 19: 6) Con este mandato del Señor está vinculado también el siguiente del apóstol Pablo:

“En cuanto a los casados, les ordeno, no yo sino el Señor: que la mujer no se separe del marido, mas en el caso de separarse, que no vuelva a casarse, o que se reconcilie con su marido, y que el marido no despida a su mujer.” (1Cor 7: 10-11)

Todo esto muestra que la importancia de la Ley (Palabra) para el espíritu es igual que la importancia del marido para la mujer, pues a los ojos de Dios ellos siendo distintos seres forman una persona. Por eso su separación es equivalente a la destrucción de esa persona que constituye la imagen de la Santísima Trinidad. Tal destrucción es semejante a la destrucción del hombre a través de su imagen que realizan los hechiceros, cuando en una muñeca hecha a imagen de alguien clavan agujas mortíferas. Por esa razón toda la Sagrada Escritura combate las adulteraciones e infidelidades, pues si el hombre en poca cosa no logra conservar su dignidad humana, ya nunca podrá alcanzar aquel estado de la santidad, para el cual fue creado, y esto significa que ya nunca se hará heredero de la Vida, a menos que se arrepienta en sus hechos y deje de pecar.

Por lo demás, debido a la mortalidad del hombre terrenal la Ley le permite un segundo matrimonio.

“La mujer está ligada a su marido mientras él viva;” dice el apóstol Pablo, “mas una vez muerto el marido, queda libre para casarse con quien quiera, pero sólo en el Señor. Sin embargo, será feliz si permanece así según mi consejo; que también yo creo tener el Espíritu de Dios.” (1 Cor 7: 39-40)

Así, la familia es el primer paso hacia la purificación que lleva al hombre de regreso al paraíso. Por eso la familia es santa. Su destrucción es equivalente a la rebelión contra Dios que es la Inteligencia Suprema, o contra la Ley de la Vida y contra aquella imagen en la que se basa esa Ley.

En cuanto al celibato y a la virginidad, ellos están predestinados para los más perfectos de los hombres, que justamente por su perfección se encuentran fuera de la Ley ya grabada sobre sus corazones, tanto que vivir sin la Ley ya no pueden. Cuando la Iglesia Católica adoptó la ley sobre el celibato de los sacerdotes, sin duda, partía de las presentadas arriba consideraciones sobre la virginidad, tanto más que también el apóstol Pablo exhortaba a sus hermanos a celibato diciendo:

“Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, **que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios:** tal será vuestro culto espiritual. **Y no os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante**

la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto.” (Rom 12: 1-2)

Si el celibato y la virginidad son preferibles para el Reino de Dios, antes de todo son justificados para los sacerdotes, pues, como dice el mismo apóstol, “El casado se preocupa de las cosas del mundo, de cómo agradar a su mujer; está por tanto dividido. La mujer no casada, lo mismo que la doncella, se preocupa de las cosas del Señor, de ser santa en el cuerpo y en el espíritu. Mas la casada se preocupa de las cosas del mundo, de cómo agradar a su marido.” (1 Cor 7: 33-34)

Mientras que los sacerdotes están llamados a dar a conocer a los hombres su predestinación no sólo por la palabra, sino también por su ejemplo.

Así son el significado del matrimonio y la predestinación de la familia. Sus raíces, como vemos, son muy profundas y están vinculadas con la esencia de la Santísima Trinidad. Al hombre pecador es difícil entenderlas, porque, como dice el apóstol Pablo, “efectivamente, los que viven según la carne, desean lo carnal; mas los que viven según el espíritu, lo espiritual.” (Rom 8: 5) Mientras tanto “los misterios de la verdad”, según el apóstol Felipe, “manifiestos están a manera de modelos e imágenes” (Ev. sg. Felipe 124). Son accesibles sólo para aquellos, quienes, como dice Sirácida, no se mostrarán remisos para aplicar “su alma a meditar la ley del Altísimo”. Pues la sabiduría de todos los antiguos rebusca, a los profecías consagra sus ocios, conserva los relatos de varones célebres, en los repliegues de las parábolas penetra, busca los secretos de los proverbios y en los enigmas de las parábolas insiste.” (Si 39: 1-3)

La comprensión del foso, en el que ha caído el hombre como la consecuencia de su violación de la Ley de la Vida y de toda su defenestración de ella es de gran importancia para él, porque le ayudaría a hacer una elección correcta en la prueba que pasa sobre la tierra.